

EL CONCEPTO DE LA GUERRA EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO DESDE LOS EVANGELIOS A SAN AGUSTÍN

Javier CABRERO PIQUERO¹

La guerra siempre ha estado presente en el reino animal desde los inicios de la vida en la tierra. La defensa que hacen los animales de su territorio no es otra cosa que una forma de guerra, ya sea en el caso de los animales solitarios, como en el de los que viven en grandes comunidades, cuyo ejemplo más significativo podría ser el de las hormigas o el de las abejas. Es esta defensa territorial la que ha llevado también a que la guerra haya estado presente en las sociedades humanas y a lo largo de toda la historia².

En las sociedades antiguas la guerra no fue algo excepcional, como pretendemos sin lograrlo en el mundo actual, sino algo habitual, plenamente aceptada y casi siempre estimulada, que formó parte de la vida cotidiana. Una tarea más a realizar, que periódicamente ocupaba a los individuos y extenuaba las economías de las ciudades³.

En la antigüedad, solamente durante un muy breve periodo de tiempo, que no duró más de tres siglos, la guerra fue puesta en tela de juicio, y tal vez rechazada, por un emergente grupo social, unido por una nueva idea y una nueva fe, surgida del seno del judaísmo: el que formaban los cristianos dentro de la sociedad romana.

Aunque el posicionamiento de los cristianos parece contrario a la guerra, o al menos muy dudoso, no sucede lo mismo con los judíos. En el Anti-

¹ Departamento de Historia Antigua. UNED.

² TOYNBEE, A.: *Guerra y civilización*. Ed. Emce, Buenos Aires, 2ª, 1959 (existe edición española en Alianza, Madrid, 1976).

³ BARREIRO, V.: *La guerra en el mundo antiguo*. Ed. Almena, Madrid, 2004. WARRY, J. & BURN, J.: *Waefare in the Classical World*. Ed. Salamander, Londres, 1980. RAAFLAUB, Kurt: *War and Peace in the Ancient World*. Ed. Maiden, Blackwell, 2007. GARLAN, I.: *War in the Ancient World: a social history*. Ed. Chato and Windus, Londres, 1975.

guo Testamento no hay una oposición radical a la guerra⁴, es más, en muchas ocasiones Yahweh anima a sus fieles a emprender la guerra⁵, e incluso llega a combatir a su lado o libra las batallas por ellos, así sucede en el *Éxodo*, cuando los egipcios atraviesan el Mar Rojo en persecución de los israelitas:

«Los egipcios se lanzaron en su persecución, entrando tras ellos (en el Mar Rojo), en medio del mar, todos los caballos de Faraón y los carros con sus guerreros. Llegada la vigilia matutina, miró Yahweh desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios, y sembró la confusión en el ejército egipcio. Trastornó las ruedas de sus carros, que no podían avanzar sino con gran dificultad. Y exclamaron los egipcios: «Huyamos ante Israel, porque Yahweh pelea por ellos contra los egipcios». Yahweh dijo a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre los guerreros de los carros. Extendió Moisés su mano sobre el mar, y al rayar el alba volvió el mar a su lecho; de modo que los egipcios, al querer huir, se vieron frente a las aguas. Así precipitó Yahweh a los egipcios en medio del mar» (Ex. 14:23-28)⁶

Lo mismo ocurre en el enfrentamiento entre Ezequías (716-687 a.C.) y el rey asirio Senaquerib (704-681 a.C.) relatado en el libro segundo de los Reyes (19:35):

«Aquella noche misma salió el ángel de Yahweh e hirió en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres; a la hora de despertarse, por la mañana, no había más que cadáveres».

Yahweh es el único protector de su pueblo, únicamente a él le corresponde su defensa e incluso llega a castigarles cuando desconfiando de la

⁴ TREBOLLE, J.: «Violencia y guerra en el Antiguo testamento». En *Espacio Tiempo y Forma. Serie II. Antigüedad*, 7, 1994, pp. 383-399.

⁵ FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: «Las guerras de Yahvé» en FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: *Cristianos y militares. La Iglesia antigua ante el ejército y la guerra*. Ed. Universidad de Granada, Granada, 2000, pp. 112-123.

⁶ Si no se dice lo contrario, la traducción de los textos bíblicos han sido tomados de la edición española de *La Biblia de Jerusalén*, dirigida por Jose Angel UBIETA, ed. Desclee de Brouwer, Bilbao, 1975.

protección de Yahweh acuden a su propio ejército o a los pactos⁷, ejemplo de ello lo tenemos en la guerra contra Basá (2Cro. 16:1-9):

«El año treinta y seis del reinado de Asá subió Basá, rey de Israel, contra Judá, y fortificó a Ramá, para cortar las comunicaciones a Asá, rey de Judá. Sacó entonces Asá plata y oro de los tesoros de la casa de Yahweh y de la casa del rey, y envió mensajeros a Ben Hadad, rey de Aram, que habitaba en Damasco, diciendo «haya alianza entre nosotros, como entre mi padre y tu padre; te envío plata y oro. Anda, rompe tu alianza con Basá, el rey de Israel, para que se aleje de mí». Ben Hadad escuchó al rey Asá y envió a los jefes de su ejército contra las ciudades de Israel; conquistó Ion, Dan, Abel Mayim y todos los depósitos de las ciudades situadas en Neptali. Cuando Basá lo supo, suspendió las fortificaciones de Ramá e hizo parar su obra. Entonces el rey Asa tomó a todo Judá y se llevaron de Ramá las piedras y maderas que Basá había empleado para la construcción; y con ella fortificó Gueba y Mispa.

En aquel tiempo, el vidente Jananí fue donde Asa, rey de Judá y le dijo: «Por haberte apoyado en el rey de Aram, y no haberte apoyado en Yahweh tu dios, por eso se ha escapado de tu mano el ejército del rey de Aram. ¿No eran un ejército numeroso los etíopes y los libios con carros, y una muchedumbre de hombres de carro? Y, sin embargo, por haber puesto tu confianza en Yahweh, él los entregó en tu mano. Porque los ojos de Yahweh recorren toda la tierra, para fortalecer a los que tienen corazón entero para con él. Has procedido neciamente en esto y por eso, de aquí en adelante tendrás guerras»».

Pero Yahweh, no sólo combate por su pueblo o le castiga cuando desconfía de él, también le anima a combatir por sí mismo, poniéndose él a la cabeza:

«Pregonad esto entre las gentes, proclamad la guerra santa, despertad a los valientes, acérquense y suban todos los hombres de guerra, forjad espadas de vuestros azadones, lanzas de vues-

⁷ BERCOT, D.: «The Early Christian View of War». En *A Journal from the Radical Reformation* 1.3, 1992, p. 90.

tras hoces. Diga el flaco: «yo soy valiente». Precipitaos y venid todas las gentes de en derredor y congregaos. Haz bajar allá, ¡oh Yahweh!, a tus valientes»⁸.

Sin embargo en el *Antiguo Testamento*, aunque en menor medida, también se deja ver una línea de pensamiento más cercana a las posturas antibelicistas⁹, cuando en Isaías se habla de la paz perpetua (2:4):

«Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos. Forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación ni se ejercitarán más en la guerra».

O cuando David realiza las recomendaciones para la construcción del templo y le dice a su pueblo (1Cro. 28:2-3):

«Oídme hermanos míos y pueblo mío: había decidido en mi corazón edificar una Casa donde descansase el arca de la alianza de Yahweh, y sirviese de escabel de los pies de nuestro Dios. Ya había hecho yo preparativos para la construcción, pero Dios me dijo: «No edificarás tu la Casa a mi nombre, pues eres hombre de guerra y has derramado sangre».

Yahweh no permite a David que construya su templo debido a que es un hombre de guerra y tiene sus manos manchadas de sangre, le encarga que diga a su pueblo que será su hijo Salomón quien le debe suceder y lleve a cabo la misión de construir el templo (1Cro. 28:6).

La llegada del Mesías introduce nuevos matices a la hora de tomar partido por una u otra postura (belicista o pacifista). Es Dios (el Yahweh bíblico) quien a través de su hijo, que es él mismo, lanza un nuevo mensaje, que parece tener unos tintes pacifistas predominantes. Algunas de las prácticas que había permitido a sus siervos de Israel, ahora van a estar prohibidas para los cristianos, es el caso de la poligamia, y parece ser también, que en cierta medida, la guerra¹⁰.

⁸ Joel, 4:9-11. A este respecto *vid.* WOLFF, H.W.: «Swords into Plowshares: Misuse of a Word of Prophecy?» En YODER, Perry B. & SWARTLEY, Willard M.: *The Meaning of Peace. Biblical Studies*, Ed. Westminster John Knox Pr., Kentucky, 1992, pp. 110-126.

⁹ RAD, G. von: «Shalom in the Old Testament». En KITTEL, G & FRIEDRICH, G. (eds.): *Theological Dictionary of the New Testament* 2. Ed. Wm. B. Eerdmans Publishing, Grand Rapid, 1965, pp. 402-406.

¹⁰ BERCOT, D.: *op. cit.*, p. 90.

Aunque no es el objeto de este trabajo, no podemos continuar sin ver cual ha sido la evolución de la historiografía moderna, aunque sea de modo extremadamente sintético, con respecto a las actitudes adoptadas por los cristianos frente a la milicia, actitudes que ha sido magníficamente recogidas por J. Fernández Ubiña¹¹. Fue una postura tradicional ver en el ascenso del cristianismo como una de las causas de la debilidad del ejército romano y como consecuencia de ello su incapacidad para hacer frente a las necesidades de defensa que tenía el Imperio Romano, lo que en definitiva llevaría a su caída. Así es visto por el humanismo italiano, por Gibbon, por Montesquieu y por Voltaire. Más tarde, Momigliano será de la misma opinión, argumentando que la debilidad del Imperio fue consecuencia de la renuncia de los más capacitados a ejercer la actividad pública, que se habían dedicado únicamente al servicio de la Iglesia.

Los primeros estudios en profundidad de las relaciones entre el cristianismo primitivo y la guerra van a ver la luz en la primera década del siglo XX de la mano de Bigelmair¹² y Harnack¹³, donde este autor pone de relieve como los cristianos occidentales se veían a sí mismos como soldados de Cristo, e intenta dar respuesta a preguntas como si el cristianismo asumió el principio de guerra santa, que ya estaba presente en el *Antiguo Testamento*; o si la Iglesia se organizó como una institución militar, pero sobre todo cuál fue la posición de la Iglesia frente a realidades como el ejército y la guerra, llegando a la conclusión que es a partir de la segunda mitad del siglo II cuando la presencia de los cristianos en el ejército comienza a ser importante, cosa que hasta ese momento no había sucedido, y para los militares convertidos al cristianismo había sido un problema compaginar su nueva fe con su vida militar que el exigía el derramamiento de sangre, sacrificios y práctica del culto imperial.

Durante los primeros años del siglo XX el clima prebélico que se comenzaba a respirar en Europa tuvo un peso específico determinante en los estudios en torno al militarismo y antimilitarismo de la Iglesia primitiva. Muchos estudiosos buscaban justificar con el evangelio «la participación de los cristianos en los ejércitos y la justificación moral de la guerra en circunstancias determinadas»¹⁴. Uno de los más fervientes defensores del

¹¹ FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: «Cristianismo y milicia en la historiografía moderna». En *Cristianos y militares...* *op. cit.* pp. 15-44, con toda la bibliografía pertinente.

¹² BIGELMAIR, A.: *Die Beteiligung der Christen am öffentlichen Leben in vorconstantinischer Zeit. Ein Beitrag zur ältesten Kirchengeschichte.* Ed. Lentner, Munich, 1902.

¹³ HARNACK, A. von: *Militia Christi, die christliche Religion und der Soldatenstand in den ersten drei Jahrhunderten.* Ed. J.C.B. Mohr, Tubinga, 1905 (con varias reediciones y traducciones a diferentes idiomas).

¹⁴ FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: *Op. cit.*, p. 21.

militarismo cristiano fue E. Vacandard¹⁵, al tratar el tema del servicio militar entre los cristianos de los primeros siglos. Opina que el pacifismo de Tertuliano, Orígenes y Lactancio, entre otros, es minoritario dentro de la sociedad cristiana de la época, y que la Iglesia de aquella época aprobaba sin ningún tipo de reservas la participación activa de los cristianos en las legiones romanas, y más aún a partir de Constantino, cuando el símbolo de la cruz era el garante de la victoria; el impedimento que suponía para los cristianos el quinto mandamiento, quedó salvado con el concepto de «guerra justa» que los santos padres cristianos desarrollaron a partir de finales del siglo IV. Para Vacandard, el ejército se convirtió a partir de entonces (finales del siglo IV) en la principal fuerza cristianizada del Imperio¹⁶. Frente a él, Secrétan, de una manera más intuitiva que documentada, sostuvo el pacifismo de la Iglesia primitiva que condenaba todo tipo de homicidio¹⁷, incluso llega a afirmar, en contra de lo que dicen los textos de época antigua, que hasta finales del siglo V la Iglesia mantuvo su pacifismo estando en contra de cualquier tipo de derramamiento de sangre, fuera por la causa que fuera.

Mucho más efectiva es la argumentación de H. Cadbury sobre el pacifismo de la Iglesia primitiva¹⁸, realizada en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. Para él la oposición de los cristianos a la guerra estaba basada en que ésta siempre era provocada por los hombres, y por tanto evitable, no existiendo ninguna causa razonable que la justificara. Sin embargo Cadbury señala que esta situación cambió radicalmente a partir de Constantino, produciéndose una innegable militarización de la iglesia con el abandono de los viejos ideales pacifistas, que a partir de ese momento sólo van a ser defendidos por grupos marginales.

Una de las obras fundamentales sobre la posición del cristianismo de los primeros siglos sobre el tema de la guerra va a aparecer apenas unos años después de firmado el armisticio, en 1919, y su autor fue Cecil Cadoux¹⁹. Se trata de una magnífica argumentación plenamente organizada y documentada en la que recoge en primer lugar las enseñanzas de Jesús, para

¹⁵ VACANDARD, E.: «La question du service militaire chez les Chrétiens des premières siècles». En *Etudes de Critique et d'Histoire religieuse*, 2^o Serie. Ed. Lecoffre, París, 1914, pp. 129-168.

¹⁶ *Ibid.* p. 167.

¹⁷ SECRÉTAN, H.F.: «Le Christianisme des premiers siècles et le service militaire». En *Revue de Théologie et de Philosophie* 2, 1914, pp. 346-366.

¹⁸ CADBURY, H.: «The Basis of Early Christian Antimilitarism». En *Journal of Biblical Literature*, 37, 1918, pp. 66-94.

¹⁹ CADOUX, C.J.: *The Early Christian Attitude to the War. A Contribution to the History of Christian Ethics*. Ed. Headley Bros. Publishers LTD. Londres 1919.

pasar a continuación las formas de desaprobación y de aprobación de la guerra por los cristianos de los primeros siglos.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, las posturas pacifistas como las de Cadoux sufrieron un notable retroceso, de la mano de autores como H. Leclercq²⁰, con un muy documentado estudio sobre el militarismo en el que minimiza las posturas ultrapacifistas de autores como Tertuliano y pone de manifiesto como los cristianos de aquella época fueran capaces de compaginar su fe cristiana y su servicio en las legiones.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial se produjo una paulatina renovación historiográfica, condicionada en gran medida por los acontecimientos pasados y el desarrollo de la llamada Guerra Fría. Dada la controversia que había existido en lo que iba del siglo XX, algunos autores defendieron con vigor que la Iglesia no había tenido ninguna culpa en los sucesos que habían ensangrentado Europa hasta mediados de los años 40. Muchos de ellos, en lo referente a los primeros siglos de la Iglesia, admiten sin reparos la posición predominantemente antibelicista de la Iglesia hasta Constantino, aunque a partir del último cuarto del siglo II la participación de los cristianos en las legiones fue bastante habitual. También admiten que a partir de Constantino las cosas cambiaron, y se desarrolla con pujanza el concepto de guerra justa que permitirá a los cristianos saltarse el precepto de no matar.

Los trabajos de Campenhausen pusieron de manifiesto un nuevo punto de vista dado que dejaron de lado las concepciones teológicas para tener más en cuenta los condicionamientos culturales que afectaron al desarrollo del cristianismo. Para él, la posición pacifista de autores como Clemente y Orígenes tendría sus raíces más en el estoicismo o en el platonismo que en el cristianismo; pero sin embargo, el pensamiento de otros como Tertuliano estaría más influenciado por las ideas evangélicas.

Entre las aportaciones españolas cabría destacar las de J.M. Blázquez a propósito de la objeción de conciencia de los cristianos de los primeros siglos a servir en las legiones²¹, pero sobre todo la muy documentada y reciente obra de J. Fernández Ubiña sobre la posición adoptada por la Iglesia antigua ante el ejército y la guerra²² durante los tres primeros siglos de nuestra era.

²⁰ LECLERCQ, H.: «Militarismo». En CABROL, F. & LECLERCQ, H. & MARROU, H. (dirs): *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*. 11. Ed. Letouzey et Ané, París, 1933. cols. 1108-1181.

²¹ BLÁZQUEZ, J.M.: «El cristianismo y el servicio militar». En ALVAR, J. & BLÁZQUEZ, J.M. (eds.): *Cristianismo primitivo y religiones históricas*. Ed. Cátedra, Madrid, 1995, pp. 383-402.

²² FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: *op. cit.*

Dejando de lado el debate historiográfico, lo que parece cierto es que durante los tres primeros siglos del cristianismo no existió una postura que justificara la licitud de la guerra, por lo que podemos hablar de un cierto pacifismo de la jerarquía y de las comunidades cristianas, pero tampoco hubo una normativa emanada de la Iglesia que tomara una postura clara y rotunda frente a la posibilidad de que los cristianos formaran parte de los ejércitos, en ningún momento se prohibió tal circunstancia. Vamos a ver un poco más en detalle cuales son los principales testimonios que han llegado hasta nosotros al respecto.

El Evangelio como fuente de pacifismo

Son muchos los autores que opinan, y estamos de acuerdo con ellos en este punto, que Jesús no dio a sus discípulos ninguna directriz a seguir con respecto a la guerra. Al igual que en los *Evangelios* no existe ninguna prohibición explícita de la esclavitud, tampoco la hay de la guerra²³.

Lo mismo sucede con el hecho de si a sus discípulos y seguidores les estaba permitido servir como soldados, para lo que no existe una mención clara que lo prohíba. Hay que tener en cuenta que en la sociedad judía de la época, era muy poco habitual que un judío sirviera en las legiones, por lo que tal vez Jesús no creyó necesario declarar su prohibición de algo que en la práctica no se daba, pero sin embargo, muchas de sus frases tienen una difícil explicación si no presuponemos que era contrario a cualquier acto de guerra²⁴. Así nos encontramos que uno de los preceptos más difundidos por Jesús es el mandamiento mosaico de «no matar». Así lo refleja Mateo en su evangelio cuando Jesús dice que no ha venido a abolir la ley sino a completarla:

«Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo aquel que se encolerice contra su hermano será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano imbécil, será reo ante el Sanedrín, y el que le llame renegado, será reo de la gehenna de fuego. Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda» (Mt. 5:21-24).

²³ CADOUX, C.J.: *op. cit.*, p. 19.

²⁴ *Ibid.* p. 20.

Jesús equipara aquí el asesinato con cualquier otro tipo de violencia, ya sea física o verbal, pues recibirá el mismo castigo el que asesina y el que desata su cólera contra el prójimo.

Mateo, en otro pasaje, cuando habla de las enseñanzas de Jesús sobre lo puro y lo impuro, incluye el homicidio entre las peores cosas que salen del corazón de los hombres:

«En cambio, lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, y eso es lo que contamina al hombre. Porque del corazón salen las intenciones malas, asesinados, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias». (Mt. 15:18-19)²⁵

Sin embargo, ¿hasta qué punto podemos considerar estos pasajes como una manifestación declarada de Jesús en contra de la guerra, o se trata más bien de una manifestación de repulsa de los homicidios en el ámbito privado, de la que quedaría excluida la aplicación de la pena de muerte por la justicia y los actos de guerra? Es en este segundo sentido como ha sido interpretado por todos aquellos que defienden la no condena de la guerra por el cristianismo primitivo.

El rechazo a la violencia podemos encontrarlo en numerosos pasajes de la vida de Jesús, empezando por el *Sermón de la Montaña* mencionado con anterioridad:

«Habéis oído decir “ojo por ojo y diente por diente”. Pues yo digo no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrecedle también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, al que desee que le prestes algo, no le vuelvas la espalda.

Habéis oído «amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo». Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen» (Mt. 5:38-44).

Lo mismo sucede cuando Jesús es detenido en el huerto de Getsemaní y uno de los discípulos, Pedro, desenvainando su espada, le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote, Jesús le dice:

«Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán» (Mt. 26:52).

²⁵ Este mismo pasaje se encuentra también en Mc. 7:20-23.

Jesús responde de manera pacífica a la violencia que se ejerce sobre él, así sucede cuando es detenido (Mt. 26:50) o cuando llevado ante Caifás y uno de los guardianes le abofeteó por sus respuestas y únicamente le dice:

«Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien ¿porqué me pegas?» (Jn. 16:23).

Pero es así sobre todo en el momento de la crucifixión, cuando implora el perdón para todos aquellos que le han llevado a la situación en la que está (Lc. 23:34).

Existen muchas pruebas adicionales de la oposición de Jesús a los actos de violencia física, como cuando estando en el Templo se presentó ante él una multitud llevando a una mujer sorprendida en adulterio pretendiendo que le fuera aplicada la pena capital que dictaba la ley de Moisés y él les dijo que el que estuviese libre de pecado arrojase la primera piedra (Jn. 8:7); o cuando les pide pasividad y ocuparse de ellos mismos cuando las naciones se enfrenten a las naciones y ellos sean entregados a los tribunales (Mc. 13:7-9).

Pero existen otros pasajes en los que ese pacifismo de Jesús parece estar en duda²⁶, como cuando iracundo expulsa a los mercaderes del templo (Mc. 11:15-17; Mt. 21:12; Lc. 19:45; Jn. 2:11-17), o como cuando es llevado ante Pilato, a la pregunta de ¿Qué has hecho? Jesús le responde:

«Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (Jn. 18:36).

Más claro parece cuando Mateo pone en boca de Jesús que él no ha venido a traer la paz sino la espada (Mt. 10:34); y Lucas presenta a Jesús como causa de disensión invocando las propias palabras del Mesías:

«¿Creéis que estoy aquí para dar la paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división; porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra» (Lc. 12:51-53).

²⁶ FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: «Ambigüedad evangélica y realidad histórica». En FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: *op. cit.*, pp. 151-158.

El mismo episodio del huerto de Getsemaní, que mencionábamos con anterioridad, en el que Pedro espada en mano defiende a su maestro, puede ser una prueba más en contra del pacifismo de Jesús, ya que éste permite que sus discípulos vayan armados.

Con posterioridad, los Apóstoles de alguna manera van a matizar o interpretar las palabras de Jesús, sobre todo aquellas que dejan entrea-bierta la puerta a la violencia. Así, cuando Pablo escribe a los corintios dice:

«Pues aunque vivimos en la carne no combatimos según la carne. ¡No!, las armas de nuestro combate no son de este mundo» (2Cor. 10:3-4).

Y en la *Epístola a los Efesios*:

«Revestíos de las armas de dios para poder resistir las asechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre...» (Ef. 6:11-12).

Mucho más esclarecedora a este respecto es la *Epístola a los Romanos* de San Pablo en la que pide caridad con todos los hombres aunque sean enemigos (*Rom 12:14-21*) y sumisión a los poderes civiles (*Rom. 13:1-7*):

«Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran... Sin devolver a nadie mal por mal... No tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos. Dejad lugar a la Cólera, pues dice la escritura; si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber... No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien. Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas».

Y en sentido contrario en la *Segunda Epístola de San Pablo a Timoteo* les habla de las fatigas que debe soportar un buen soldado:

«Soporta las fatigas conmigo como un buen soldado de Cristo Jesús. Nadie que se dedica a la milicia se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que le ha alistado». (2Tm. 2:3-4).

Como vemos, el *Nuevo Testamento* en muchas ocasiones va a ser prolijo en símiles y metáforas militares que difícilmente podrían darse si existiera en él una condena radical y absoluta de la guerra:

«Esta es la recomendación hijo mío Timoteo que yo te hago, de acuerdo con las profecías pronunciadas sobre ti anteriormente. Combate, penetrado de ellas, el buen combate, conservando la fe y la conciencia rectas» (1Tm. 1:18-19).

Para Cadoux es claro que los cristianos de los primeros siglos aceptaron sin reparos la guerra. Primero por este lenguaje militar que en muchas ocasiones impregnan las Escrituras a lo que se añadieron una serie de factores como son las guerras del Antiguo Testamento, pues en un primer momento no eran capaces de separar ese dios guerrero que aparece en la primera parte de la Biblia, de la ética pacifista que se dibuja en el *Nuevo Testamento*; otro factor sería la existencia de esas guerras apocalípticas del *Antiguo Testamento* que encuentran su reflejo en el *Apocalipsis* y la guerra victoriosa del Mesías contra los enemigos de Dios. Un tercer elemento es la destrucción de Jerusalem que aceptaron como un castigo divino a los judíos por haber rechazado y crucificado a Cristo. El cuarto factor sería la guerra como justicia divina, en la creencia de que ésta era una forma de castigo divino enviado por los pecados cometidos por las naciones. El quinto factor sería la visión cristiana del estado, que, sobre todo a partir del siglo IV, pasa a convertirse en una institución útil y necesaria, y como tal debe preservar su integridad para poder perseverar en la paz. Un último factor sería el carácter bondadoso de algunos soldados paganos, que les hacía dudar de la maldad de algo en lo que estos participaban.

A pesar de todo esto, los cristianos de los dos primeros siglos raramente formaron parte de los ejércitos, al menos hasta aproximadamente el último tercio del siglo II. Vamos a ver, por tanto, cuales son los testimonios y las formas de participación, la aceptación o no de la guerra y la violencia que nos transmiten los primeros padres de la Iglesia.

La posición de los cristianos ante el ejército y la guerra durante los tres primeros siglos

Como ya mencionamos al principio, en el *Nuevo Testamento* no existe una clara toma de posición con respecto a si los cristianos debían participar o no en los ejércitos. Aunque durante algún tiempo la historiografía moder-

na ha querido ver la existencia de una cierta «objección de conciencia» de los cristianos a servir en las legiones, E. Pucciarelli²⁷, en la década de los 80 del siglo pasado, habla de lo impropio de este término aplicado a la antigüedad, puesto que aquella era una sociedad en la que la mentalidad guerrera permeabilizaba a la esfera religiosa y civil, en cuanto que la guerra era una necesidad económico-política.

Lucas nos cuenta que la gente se acercaba a Juan el Bautista para preguntarle qué debían hacer, y que cuando lo hicieron unos soldados el solamente les dijo: «No hagáis extorsión a nadie, no hagáis denuncias falsas y contentaos con vuestra soldada» (*Lc.* 3:14). En ningún momento habla en contra de la profesión que ejercen. Como tampoco lo hace Cristo cuando alaba de fe del centurión de Cafarnaún, que pide la curación de su siervo, pero que no se cree digno de salir al encuentro del Mesías, ni siquiera de ofrecerle su casa (*Lc.* 7:1-10).

Por lo que se refiere al servicio militar, en conjunto son pocos los datos que poseemos sobre la existencia de una toma de posición al respecto por los autores cristianos; sí está en ellos muy presente el mensaje evangélico de amor hacia los enemigos y de no violencia en general.

En el año 96, el obispo de Roma, Clemente Romano dirige su primera carta a los Corintios, y en ella realiza un nítido elogio de la estructura militar²⁸:

«Milítamos por tanto, hermanos, con toda perseverancia bajo sus órdenes perfectas. Examinamos los soldados que militan bajo nuestros comandantes, que con gran disciplina, prontitud y obediencia siguen nuestras órdenes. No todos son comandantes, ni jefes de mil, ni de cien, ni de cincuenta, ni de menos, pero cada uno en relación a su propio grado, sigue las órdenes impartidas por el rey y por los comandantes» (*Carta a los Corintios* 37:1-3).

No debemos ver aquí un juicio a favor del servicio militar, sino una expresión más de la organización, esa *militia Christi*, definida en el siglo II por Ignacio de Antioquia (*Policarpo* 6:2) fundada sobre el amor, que debe oponerse a la *militia Caesaris*, fundada sobre la violencia²⁹. Una carta en la

²⁷ PUCCIARELLI, E.: *I Cristiani e il servizio militare. Testimonianze dei primi tre secoli*. Ed. Nardini, Florencia, 1987, p. 9.

²⁸ LECLERCQ, H.: *Op. cit.*, col. 1130.

²⁹ Sobre la *Militia Christi*, vid.: HARNACK, A.: *op. cit.*

que Ignacio de Antioquia hace una serie de consideraciones a Policarpo, obispo de Esmirna, e identifica bautismo con el escudo, la fe con el yelmo, el amor con la lanza, y la paciencia con la armadura.

En el siglo II nos van a marcar la pauta a este respecto una serie de autores cristianos entre los que cabría destacar: Ireneo de Lyon, Justino, Taciano, Atenágoras y Minucio Félix.

Ireneo de Lyon (130-202), uno de los discípulos más brillantes de Policarpo de Esmirna, fue testigo de la persecución de los cristianos en Lyon donde fue obispo desde el año 189. Fue un buen exegeta de la Biblia y en su obra *Adversus Hereses*³⁰ hace una interpretación de Cristo como aquel que pacifica y hace pacíficos, tanto a nivel individual como colectivo, pues tiene el poder de hacer olvidar el arte de la guerra:

«En cambio, con la venida del Señor, una nueva alianza se extendió por toda la tierra, según habían dicho los profetas, como una ley de vida que habría de reconciliar los pueblos en la paz: «Porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la Palabra del Señor. El juzgará a muchas naciones, convertirá las espadas en arados y las lanzas en hoces, y ya no se prepararán para la guerra» Si otra ley u otra palabra salidas de Jerusalén hubiesen traído tanta paz a las naciones que lo recibieron, por las cuales se hubiese juzgado a un pueblo numeroso, entonces parecería aceptable que los profetas habían hablado de algún otro. Mas si la ley de la libertad, es decir la Palabra de Dios que los Apóstoles, saliendo de Jerusalén, anunciaron por toda la tierra, ha provocado tal transformación que las espadas y las lanzas se convierten en arados y en hoces que él nos ha dado para segar el trigo (es decir que los ha cambiado en instrumentos pacíficos), y en lugar de aprender a guerrear aquel que recibe un golpe pone la otra mejilla, entonces los profetas no han hablado de ningún otro, sino del que ha realizado estas cosas. (Adv. Haer. IV,34,4)

En la misma línea de Ireneo de Lyon está Justino, uno de los primeros apologistas cristianos. Era originario de Palestina donde nació en torno al año 100 y fue decapitado en Roma, donde había abierto una escuela de filosofía, durante el reinado de Marco Aurelio. De su obra, de gran interés toda,

³⁰ DOIGNON, J.: «Le salut par le fer et le bois chez Saint Irinée: notes de Philologie et d'exégèse sus Adversus Paganos IV,34,4». En *Revue des Sciences religieuses* 43, 1955, pp- 535-544.

cabe destacar la *Primera Apología*, que Justino dirige al emperador Antonino Pio entre los años 150-155; en ella se deja constancia de una manera rotunda de la no violencia que debe impregnar la vida de los cristianos, la pasividad ante los ataques que puedan sufrir, el amor a todos los enemigos y la integración con otros pueblos:

«Nosotros, que odiábamos y matábamos de modo habitual y, en virtud de las costumbres, ni siquiera realizábamos banquetes con aquellos que eran de otra raza, ahora, después de la venida de Cristo, vivimos en comunidad, rezamos por nuestros enemigos, e intentamos disuadir a aquellos que se odian injustamente, a fin de que aquellos que hayan vivido según los nobles preceptos de Cristo, tengan la firme esperanza de obtener de Dios, Señor de todos, el mismo premio que nosotros».
(*Apol. I,14,3*)

En el Diálogo con Trifón, Justino retoma la profecía de Isaías (2:3-4) de las espadas convertidas en arados, para subrayar la necesidad de la paz universal, a la que están predisuestos todos los cristianos:

«Y todos nosotros, que estábamos sedientos de guerra, de tragedias recíprocas y de toda maldad, hemos transformado en todas partes de la tierra los instrumentos de guerra: las espadas en arados, las lanzas en instrumentos agrícolas, y cultivamos la piedad, la justicia, la humanidad, la fe, y la esperanza que proviene del padre a través de Aquel que ha sido crucificado»
(*Tryph. 110,3*).

Uno de los discípulos de Justino, Taciano (ca. 120-180), a principios de su vida va a ser uno de los opositores más encarnizados a la filosofía griega. Destacó por su intransigente rigorismo que le llevó a rechazar, en su *Discurso a los griegos*, cualquier manifestación socio-religiosa del paganismo, incluida la guerra³¹:

«¿Cómo, por tanto, podré admitir una creación de tipo fatalístico, viendo semejantes ministros? No quiero reinar; no deseo ser rico, he rechazado el mando militar, odio la lujuria, no prac-

³¹ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.*, p. 108.

tico la navegación por avidez, no compito para tener coronas, he abandonado los deseos de gloria, desprecio la muerte, estoy por encima de todo tipo de enfermedad, el dolor no me perfora el alma» (Orat. ad Grac. 11).

Otro apologista del siglo II, Atenágoras, originario de Atenas, en su *Súplica por los cristianos*, aboga por el clima pacifista y de amor a los enemigos en el que han sido educados los cristianos:

«¿Cuáles son, por tanto, nuestros principios, en los que hemos sido educados?: «Yo os digo, amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os persiguen, para que así os convirtáis en hijos del Padre que está en los cielos» (Legat. Christ. 11,2).

En otra de sus obras, *Sobre la resurrección de los muertos*, critica duramente los actos de guerra que destruyen pueblos y ciudades y condena a los gobernantes que las llevan a cabo:

«El asesino, sea príncipe o tirano, que haya matado injustamente a millares y millares de personas, no podrá pagar estas acciones con la sola muerte. Y uno que teniendo una errada opinión de Dios haya vivido de modo completamente insolente y blasfemo, despreciando el culto, pisoteando las leyes, empleando la violencia tanto contra los niños como contra las mujeres, destruyendo injustamente las ciudades, incendiando las casas con sus habitantes dentro, devastando una región para a continuación exterminar extirpes y pueblos, hasta una entera nación, ¿cómo podrá cumplir una pena adecuada a estas atrocidades con su cuerpo corruptible, si la muerte interrumpe anticipadamente su expiación, dado que la vida mortal no bastaría ni siquiera para purgar uno de estos delitos? (De res. Mort. 19,7).

También en el siglo II vivió el abogado italiano Minucio Felix, que escribió una apología que llevó por título *Octavio*, estilística e ideológicamente muy relacionada con el *Apologeticum* de Tertuliano. En su obra, Minucia Felix responde a la acusación de infanticidio que se hacía contra los cristianos:

«A nosotros ni siquiera nos es lícito ver un homicidio, ni siquiera oír hablar de él, nos abstenemos totalmente de sangre

humana, que entre nuestros alimentos no contamos ni siquiera la sangre de los animales comestibles» (Octav. 30.6)

En su obra, (37.1-6) aparece también el concepto de soldado de Dios, *miles Dei* de carácter espiritual, contrapuesto a los modelos heroicos de la cultura romana:

«Que espléndido espectáculo se presenta a Dios, cuando el cristiano afronta el dolor, cuando se prepara a las amenazas, a los suplicios, a las torturas, cuando desprecia con coraje el grito de aquellos que piden su muerte y la aterradora visión del carnicero cuando afirma con la cabeza alta su libertad frente al rey y los emperadores y se pliega al único dios al que pertenece, cuando él, vencedor y triunfante, hace frente con escarnio a quien ha pronunciado la sentencia en su contra. En efecto, vence quien obtiene aquello por lo que lucha. ¿Qué soldado no desafiaría más audazmente el peligro bajo los ojos del comandante? En efecto, ninguno recibe la recompensa antes de la prueba. Sin embargo, el comandante no da lo que no tiene: no puede prolongar la vida, puede rendir honores al valor del soldado. El soldado de dios, sin embargo, no se abandona al dolor ni acaba con la muerte. De esta manera el cristiano puede parecer infeliz y no mostrarse como tal. Vosotros mismos elevásteis a los cielos héroes desventurados como Mucio Escévola que, habiendo fallado el golpe contra el rey, habría muerto en medio de los enemigos si no hubiese perdido la mano derecha. Y cuantos de los nuestros han soportado sin ningún lamento que fuese quemada en la llama, no sólo la mano derecha, sino todo el cuerpo, cuando estaba en sus manos haber quedado libres. ¿Acaso es necesario paragonar nuestros hombres con Mucio Escévola, con Aquilio o con Régulo? Nuestros jóvenes y nuestras jovencitas toman a broma las cruces y las torturas, las fieras y todos los terribles suplicios, con la fuerza de una paciencia inspirada por dios. No os dais cuenta, infelices, que nadie está dispuesto a sufrir una pena sin razón y que nadie es capaz de soportar los tormentos sin la ayuda de Dios».

Ya a caballo entre los siglos II y III está Clemente de Alejandría, comienza a abrir la puerta a la participación de los cristianos en el ejército, probablemente su testimonio es fruto de la realidad social que se producía

en su época, aunque para algunos autores, las palabras de Clemente se refieren a aquellos soldados que se convierten al cristianismo, y no a los que una vez bautizados deciden emprender la carrera militar³²:

«Cultiva la tierra, le decimos, si eres campesino, pero mientras cultivas reconoce a Dios; y navega, tú que amas la navegación, pero invocando al piloto celeste; el verdadero conocimiento te ha conquistado mientras eras soldado: escucha al General, que te indica lo que es justo» (Prot. 10,100,4).

Clemente en otra de sus obras, *Pedagogo*, rechaza con claridad la mentalidad guerrera, la utilización de sus símbolos y aboga por el pacifismo de la iglesia primitiva:

«Que nuestros sellos sean una paloma, o un pez, o una nave empujada por el viento, o una lira, instrumento que utilizaba Policrates, o un ancla de nave, que Seleuco tenía grabada en su sello, y si uno es pescador se acordará del apóstol y de los niños sacados del agua. No se deben grabar en los sellos figuras de ídolos, en los que está prohibido pensar, ni una espada o arco, porque buscamos la paz» (Strom. 8,61,2-3).

Al igual que Clemente de Alejandría, entre los siglos II y III, el *Ad Diognetum*, un opúsculo escrito en los ambientes cristianos de Alejandría³³ sin entrar a juzgar si los cristianos deben participar o no en la vida militar, aboga porque sean el sostén del mundo, integrados dentro de la sociedad en la que viven:

«Los cristianos no se distinguen de los otros hombres ni por el territorio, ni por la lengua, ni por las costumbres. No habitan en ciudades propias, no hablan un lenguaje inusitado y la vida que realizan no tiene nada de singular» (Ad. Diogn. 5:1-2).

En esta misma línea dice que habitan en ciudades griegas y bárbaras tal y como a cada uno les ha tocado, agrega que viven en la propia patria, pero

³² CRESCENTI, G.: *Obiettori di coscienza e martiri militari nei primi cinque secoli del cristianesimo*. Ed. S.F. Flaccovio, Palermo, 1966, p. 40.

³³ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.*, p. 83. Una de las mejores ediciones es la de MARROU, I.: *A Diognète*. Sources Chrétiennes 33bis. Ed. Du Cerf, Paris, 1935.

como extranjeros, pues participan en los esfuerzos ciudadanos pero son tratados como forasteros (5:5), es en definitiva un continuado discurso de alabanza a sus virtudes, su amor incondicional por el prójimo y su rechazo al uso de la violencia contra los débiles (10:5).

En el siglo III encontramos los escritores antimilitaristas más radicales: Orígenes, Tertuliano e Hipólito.

Orígenes (185-254), uno de los fundadores de la teología cristiana, fue discípulo de Clemente de Alejandría, y director de la escuela de Alejandría fundada por Panteno. Su profundo conocimiento del pensamiento pagano le llevó a intentar integrarlo dentro de la fe cristiana. Ve con buenos ojos la *pax romana*, pues es parte del plan divino para favorecer la difusión del cristianismo, dado que permite a los evangelizadores viajar con seguridad a todos los confines del Imperio. Su principal obra es un discurso apologético, el *Contra Celso*, quien había acusado a los cristianos de provocar el desorden social al negarse a servir a dos amos, no participar en las ceremonias religiosas oficiales, lo que irritaba a los dioses protectores de la ciudad, y debilitar la defensa del Imperio al negarse a servir en el ejército. Orígenes responde a Celso que los cristianos son un pueblo pacífico, que colaboran activamente con el estado por medio de la oración y para salvar la acusación de la negativa de los cristianos a servir en las legiones, Orígenes argumenta que los cristianos son un pueblo sacerdotal que presta más ayuda al gobernante con sus oraciones que los soldados combatiendo, además también los sacerdotes paganos estaban exentos del servicio militar:

«A continuación Celso le exhorta «a prestar ayuda al emperador con todas sus fuerzas, a asociarse a él en las justas empresas, a combatir por él, a servir en su ejército con él, se lo exige, y a militar en los puestos de mando». También a estas observaciones es necesario responder que en el momento oportuno nosotros prestamos a los emperadores la ayuda divina, por así decirlo, vistiéndonos con la «armadura de Dios». Y esto lo hacemos persuadidos de la palabra apostólica que dice: «os pido, por tanto, antes de todo, que hagáis oraciones, súplicas, intercesiones, des gracias por todos los hombres, por los emperadores y por todos aquellos que están en el poder». Y cuanto más piadoso es uno, tanto más eficaz es la ayuda que se da a los gobernantes, más que los soldados que salen a combatir y matan a cuantos enemigos pueden.

Por otra parte, también esto se podría decir a los que son extraños a la Fe y piden que se combata por el bien común y que

se mate a hombres: que también aquellos de vosotros que son sacerdotes de ciertos cultos y ministros de los templos de aquellos que vosotros creéis dioses, conservan su mano pura para los sacrificios, para acercar las ofrendas a los que llamáis dioses con las manos limpias de sangre y de muerte; y por tanto, cuando estalla la guerra, nunca enroláis a los sacerdotes. Si entonces esto es justo, cuanto más lo será el hecho de que, mientras otros combaten, también los cristianos luchan como sacerdotes y servidores de Dios, manteniendo puras las manos y luchando con la oración, a favor de los que combaten justamente y de aquel que reina con rectitud, a fin de que todo aquello que es contrario y hostil a los que obran con justicia, sea abatido» (*C. Cel.* VIII,73).

Alguno de los pasajes del *Contra Celso*, podría ser interpretado como el germen de la aprobación cristiana a la guerra justa que vendrá un siglo después:

«Es posible, también, que aquellas guerras que llamamos de las abejas contengan una enseñanza en el sentido de que las guerras entre los hombres sucedan en un modo justo y ordenado, si es que en alguna ocasión fueran necesarias» (*C. Cel.* VI: 82).

Pero, lo único que Orígenes quiere indicar con este pasaje es que debe haber un límite a la violencia de su tiempo³⁴.

Quinto Septimio Florente Tertuliano (155-230), nació y murió en Cartago. Sentía un vivo desprecio por la filosofía griega a la que consideraba parte de la cultura pagana (*Apol.* 46,18). La posición que Tertuliano adopta con respecto al servicio militar no presenta ninguna duda: debe ser condenado por el peligro que corre aquel que lo hace de caer en la idolatría, y por ser una violación de las leyes del amor, fundamentales para el cristianismo³⁵. En *De Pudicitia* (12:4) dice que los pecados más graves son realizar sacrificios idólatras, fornicar o derramar sangre³⁶.

³⁴ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.*, p. 137.

³⁵ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.*, p. 167.

³⁶ Visum est, inquit, Spiritui sancto et nobis nullum amplius uobis adicere pondus quam eorum a quibus necesse est abstinere, a sacrificiis et a fornicationibus et sanguine. A quibus obseruando recte agetis uetante uos Spiritu sancto.

La posición en contra de la violencia de Tertuliano también se manifiesta en otro de sus escritos *A Scapula* donde se dirige al cónsul de Asia, Arrio Antonino que ha ajusticiado a algunos cristianos:

«Vuestra crueldad es nuestra gloria. Aunque somos capaces de soportar tales sufrimientos, no significa que queramos dar muestras de no temerles, o incluso de irles a buscar. Cuando Arrio Antonino en Asia les perseguía sin tregua, todos los cristianos de aquella ciudad, reunidos en fila, se presentaron ante su tribuna. Entonces él, después de haber ordenado que fuesen ajusticiados algunos, dijo a los otros: «Desventurados, si queréis morir tenéis los barrancos (para arrojarlos) o las cuerdas (para colgarlos)». Si decidieramos hacerlo, ¿qué harías con tantos millares de personas, con tantos millares de hombres y mujeres, de cualquier sexo, de cualquier edad, de cualquier condición social que se presentaran ante ti? Cuanto fuego, cuantas espadas necesitarías. ¿Qué deberá sufrir la misma Cartago, por ti diezmada, cuando cada uno haya reconocido entre ellos a sus parientes, a sus amigos, cuando quizá haya visto también hombres y mujeres de tu misma condición social, y todas las personas, más importantes y los parientes, y los amigos de tus amigos? Perdónate al menos a ti mismo, si no a nosotros. Perdona a Cartago, si no a ti mismo. Perdona a la provincia que, apenas se ha dado cuenta de tus intenciones, ha quedado sujeta a las extorsiones de los soldados y de los enemigos personales de todos» (Ad. Scap. 5:1-4).

En Tertuliano también está presente el tema de la *militia Dei*, que permite a los cristianos argumentar la imposibilidad de servir a dos amos, concretamente en un tratado escrito en el 211, *De Corona*. Los soldados debían presentarse en el campamento con una corona de laurel, para recibir el donativo del emperador y uno de ellos no la llevaba:

«Todos le señalaron con el dedo burlándose de él desde lejos. Cuando se acercó, le mostraron su indignación. El clamor llegó hasta la tribuna. El soldado salió de su fila. El tribuno preguntó inmediatamente: ¿Por qué te distingues de los demás soldados? No me está permitido, respondió, llevar la corona, como los otros; como el tribuno pidió que diera explicaciones, respondió: porque soy cristiano». (De Cor. 1:1-3).

En otro pasaje, en este caso *Sobre la idolatría* (19:1-3) habla de la incompatibilidad entre la vida cristiana y el servicio militar y de nuevo aparece insinuada la milicia de Dios frente a la milicia del emperador:

«En este capítulo podría parecer definido también el argumento a cerca del servicio militar que está comprendido entre los valores de gloria y de poder. Pero ahora se discute sobre este tema: si el fiel puede realizar el servicio militar o si el servicio militar puede ser admitido por la fe cristiana, incluso aquel del soldado más bajo y de los grados inferiores en los que no hay obligación de hacer sacrificios o juicios capitales. No hay punto de encuentro entre las promesas bautismales y el juramento militar, entre la cruz y la insignia del demonio, entre el ejército de la luz y el ejército de las tinieblas; una misma alma no puede pertenecer a dos amos, Dios y César»

Un poco más adelante, tras hacer referencia a las guerras en las que participaron los antiguos hebreos y como Moisés, Aarón, Josué, hijo de Nun se pusieron al frente de ejércitos dice:

«Pero (el cristiano) ¿cómo podrá combatir, servir en el ejército incluso en tiempo de paz sin la espada que el Señor abolió?»

Finalmente dice que entre los cristianos no es lícito participar en algo que comporta la realización de un acto ilícito, participar en el ejército supone verter sangre y realizar sacrificios, que es algo que es ilícito para los cristianos.

Hipólito, discípulo de Ireneo de Lyon, fue otro de los autores que en el siglo III se opuso encarnizadamente a la participación de los cristianos en los ejércitos. De su vida sabemos que probablemente era originario del Oriente, fue un enconado rival del papa Calixto hasta el punto de que se separó de la Iglesia y fue elegido obispo de Roma por un reducido número de seguidores, convirtiéndose en el primer antipapa de la historia. Al final de su vida, tanto él como Ponciano, que había sucedido a Calixto, renunciaron al pontificado para que no se agrandara la división entre los cristianos. Recientemente su tumba ha sido descubierta en Ostia³⁷. Hipólito des-

³⁷ BLÁZQUEZ, J.M.: *Op. cit.* p. 71.

tacó por su oposición al Imperio Romano y a todo lo que éste significaba. En el *Comentario a Daniel* hace una viva crítica del expansionismo militar de Roma:

«Después de que el señor naciera en el cuadragésimo segundo año de César Augusto, cuando tuvo inicio el apogeo del Imperio Romano; y después de que el Señor, mediante sus apóstoles, llamara a todas las gentes y pueblos de cualquier lengua e hizo de ellos una sola nación de fieles cristianos que llevan en el corazón el nombre supremo y «nuevo», el mismo método ha seguido el Imperio que nos domina haciéndole la imitación «según la potencia de Satanás», y también él, reagrupando todas las gentes y los hombres más ilustres, los prepara para la guerra y los llama romanos» (In. Dan. IV,9:2).

Vemos pues que compara el expansionismo cristiano con el romano, pero mientras el cristiano es por inspiración divina, el romano lo alienta Satanás y emplea la guerra como método para lograr sus fines.

De gran importancia, también desde otros puntos de vista diferentes a los que nos ocupa, es un documento atribuido a Hipólito, que se ha perdido, pero que utilizando diferentes testimonios ha sido reconstruido³⁸, la llamada *Traditio Apostolica*, en la que podemos encontrar una relación de oficios incompatibles con el cristianismo, entre ellos está el de soldado:

«El soldado raso no matará a nadie; si recibe la orden de hacerlo, no la acatará y no prestará juramento: si la acatara, sea expulsado. Quien tenga poder sobre la vida y la muerte, o es magistrado purpurado de una ciudad, o renuncia o será expulsado. El catecúmeno o el fiel que quieran ser soldados, sean expulsados, porque han despreciado a Dios» (Trad. Apost. 16).

Estos tres no van a ser los únicos autores cristianos que en el siglo III hablen en contra de la guerra y del servicio militar. También es interesante a este respecto la obra del obispo de Cartago, Cipriano, que tendrá una gran influencia sobre la Iglesia occidental. Cipriano de Cartago fue discípulo de Tertuliano y antes de perecer en la persecución de Valeriano, dejó una inte-

³⁸ Vid. a propósito de la reconstrucción de la *Traditio Apostolica*, PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.*, nota 4, pp. 212-213.

resante obra escrita, en la que la oposición a la guerra o al servicio militar se hace de una manera algo más indirecta que en el caso de Orígenes, Hipólito o sobre todo Tertuliano.

En una carta dirigida a Donato, Cipriano concluye que la guerra no es más que una forma de legalizar el homicidio:

«He aquí que el homicidio es un crimen cuando se realiza de una manera individual, pero sin embargo es una virtud cuando se realiza en nombre del estado» (Ad. Donat. 6).

Para muchos este pasaje es una prueba palpable de la condena de la guerra por Cipriano de Cartago³⁹, igual que el siguiente donde habla de como en Roma dar muerte a un semejante se ha convertido en un arte y como algunos, el caso de los gladiadores, se preparan a morir o dar muerte a un semejante, o las luchas con las fieras, todo ello para que sirva de entretenimiento a la población, algo que para Cipriano es aberrante; en este caso la condena afecta también a todos los que asisten a este tipo de espectáculos cruentos:

«Para matar se recurre a la técnica, al ejercicio y al arte, no sólo que comete un delito, sino que se enseña. ¿Hay algo que pueda ser más inhumano y cruel? La capacidad de matar se convierte en habilidad, gloria cuando se lleva a cabo la muerte. Te pido pues que valores ¿qué significado puede tener un espectáculo en el que se expone a las bestias hombres que nadie ha condenado en plena juventud, de notable belleza y ricamente vestidos?» (Ad. Donat. 7).

En otro de sus escritos, *La virtud de la paciencia*, considera el homicidio un delito capital al igual que el engaño y el adulterio:

«El adulterio, la mentira y el homicidio son delitos capitales» (De bon pat. 14)

En otro de sus escritos, *La plegaria del Señor*, Cipriano arremete de nuevo contra el homicidio y señala que los homicidas no alcanzarán el reino ni vivirán en presencia de Dios. Además niega todo posible perdón para el

³⁹ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.* p. 227.

homicida, es un delito que no se puede borrar ni siquiera con el martirio (*De dom. Orat.* 24).

Si bien estos son los textos, sin embargo, los propios textos nos dejan entrever como todo era mucho más normal y como a partir del último tercio del siglo II nos encontramos a cristianos participando de la vida militar. La Iglesia, aunque oficialmente no estaba de acuerdo con ello, en la realidad cotidiana toleraba que los cristianos participasen de la vida militar, entre otras cosas porque el servicio en los ejércitos era un trabajo magníficamente pagado⁴⁰, y una prohibición expresa y radical podía deteriorar las relaciones con el poder civil. Se condena la pertenencia al ejército pero en ningún momento se obliga a los militares convertidos a abandonarle. En la que sí que hacía algo más presión la Iglesia era en el tema de que no debían participar en los cultos paganos y en que no debían matar, esto último algo difícil de cumplir para un soldado, sobre todo para un soldado romano, siempre involucrado en guerras.

Una de las pruebas más evidentes de la participación de los cristianos en el ejército es el caso de la *Legio XII Fulminata* que en el 174 participaba en la Guerra de Germania⁴¹ y que cuenta Tertuliano, a pesar de que este autor, como hemos visto más arriba, se oponía rotundamente a la participación de los cristianos en el servicio militar. Narra Tertuliano las dificultades en las que se encontraba el ejército de Marco Aurelio por la falta de agua, y que fueron las oraciones de éstos las que provocaron la lluvia, salvando las legiones:

«Sin embargo nosotros podemos citar un protector (de los cristianos), si se busca la carta de Marco Aurelio, noble emperador, con la que atestigua que aquella sed del ejército en Germania fue saciada gracias a una lluvia obtenida por las oraciones de los cristianos que casualmente eran soldados» (Apol. 5,6).

Justino, en su *Primera Apología* (68), recoge el texto de una carta de Marco Aurelio, que él da por auténtica, en la que también se narra este hecho, y dice que los cristianos en el ejército de Marco Aurelio eran muy numerosos:

⁴⁰ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.* p. 139.

⁴¹ PEREA YÉBENES, S.: *La Legión XII y el prodigio de la lluvia en época del emperador Marco Aurelio*, Ed. Signifer. Madrid, 2002.

«Al compararme a mí mismo y a mi gente con la multitud de los enemigos bárbaros, dirigí mis súplicas a los dioses patrios. Abandonado de ellos mandé llamar a los denominados entre nosotros «cristianos». Después de hacer preguntas, descubrí la cantidad que había, me irrité contra ellos, cosa que no debí hacer, pues más tarde debí reconocer su poder».

Sin embargo, Dion Cassio, autor pagano que escribió en la época de los Severos, y que se ocupa de este mismo hecho dice que la lluvia la propició un mago egipcio de nombre Arasufis:

«Los Cuados les habían rodeado en un terreno favorable para su propósito y los romanos estaban luchando valientemente con sus escudos juntos, luego los bárbaros cesados los combates, esperaban que les capturarían con facilidad debido a calor y la sed que padecían. Apostaron guardias a su alrededor para evitar que pudieran abastecerse de agua dado que los bárbaros eran muy superiores en número. Los romanos, por tanto, se encontraban en una terrible situación, fatigados, heridos, agobiados por el calor y la sed, incapaces de luchar ni de retirarse, pero permanecían de pie en su sitio abrasados por el calor. De repente se reunieron muchas nubes y una poderosa lluvia callo sobre ellos, no sin interposición divina. De hecho hay una historia en el sentido de que Arasufis, un mago egipcio, que era amigo de Marco Aurelio, había invocado por medio de encantamiento a diversas deidades, en particular a Mercurio, el dios del aire, y por ese mejo había atraído la lluvia» (Historia Romana 78.8.4)

Tertuliano también menciona la presencia de cristianos en el ejército en *Apologético* (42:3):

«También navegamos juntos, y somos parte de la milicia, y cultivamos la tierra, del mismo modo intercambiamos mercancías y productos artísticos y nuestro trabajo ponemos en venta para vuestra utilidad».

En *De Corona* (1:1-3), pasaje que hemos mencionado con anterioridad, también queda patente la existencia de cristianos en el ejército romano, aquí Tertuliano equipara la colocación de una corona sobre la cabeza, con la ido-

latría, prohibida para los cristianos, por eso el soldado se niega a ponérsela sobre la cabeza, a sabiendas que si no lo hace no recibirá la recompensa.

Hasta la época de la persecución de Decio (249-251) no tenemos noticias del martirio de cristianos pertenecientes al ejército, al menos, nuestra principal fuente de información a este respecto, las *Actas de los mártires*, no mencionan mártires que fueran soldados. Si los hay a partir de ese momento y el historiador eclesiástico Eusebio de Cesarea menciona varios casos de soldados condenados a muerte por ser cristianos:

«Todo un piquete de soldados: Ammón, Zenón, Tolomeo, e Ingenes, y con ellos un anciano, Teófilo, se hallaba de pie delante del tribunal. Se estaba juzgando a un hombre por ser cristiano, y cuando ya se iba inclinando hacia la apostasia, aquellos, que estaban presentes, empezaron a rechinar los dientes y hacían señas con la cabeza y extendían las manos y gesticulaban con todo el cuerpo. Todos se volvieron hacia ellos, y entonces, antes de que los prendieran por otros motivos, ellos mismos se adelantaron corriendo hacia el estrado, diciendo que eran cristianos, por lo que tanto el gobernador como sus asesores se llenaron de miedo y parecía que, mientras los reos se mostraban animadísimos para lo que iban a padecer, los jueces estaban acobardados. Y así aquellos soldados salieron en triunfo del tribunal rebosantes de gozo por su testimonio: Dios los hacía triunfar gloriosamente» (Eus. H.E. 6,41:23-23).

El propio Eusebio de Cesarea nos da la información de otros militares martirizados, como Basílides, un funcionario militar de la época de Septimio Severo (H.E. 6,5), o Marino, un alto cargo del ejército, decapitado en época de Galieno (H.E. 7,15).

Sabemos que en el siglo III, se produjo el rechazo de soldados cristianos al servicio militar⁴², como Maximiliano⁴³, que en 295 en el foro de Tebesa, ciudad cercana a Cartago, se negó a la prestación militar repetidamente, por incompatibilidad con su fe, ante el procónsul de África Dion:

«Dión dijo: «Piensa en tu juventud y sirve como soldado, porque esto es lo que conviene a un joven». Maximiliano res-

⁴² BLÁZQUEZ, J.M.: *Op. cit.*, pp. 73-74.

⁴³ MUSURILLO, H.: «Acta Meximiliani». En *The Acts of the Christian Martyrs*, Oxford, 1972, pp. 244-248.

pondió: «Mi servicio es para mi Señor. No puedo servir al mundo como soldado. Lo he dicho ya, soy cristiano» (Acta Maximil. 2:8).

También objetó a realizar el servicio militar Typasius, en Mauritania Caesariense, que después de servir a las órdenes de Maximiano, una vez convertido, y tras haber sido licenciado, fue llamado de nuevo a filas para combatir contra los Mauri. Él se negó a realizar una nueva prestación y fue condenado a muerte⁴⁴. Igualmente, en ocasiones, la objeción se limitó a la realización de ciertos cometidos, como un soldado de nombre Fabio, en Cesarea de Mauritania, se negó a llevar el *vexillum* con las imágenes del emperador en una reunión del consejo de la provincia⁴⁵. A estos casos se podrían añadir otros muchos, recogidos en *Las Actas de los Martires* y en otros documentos, pero como ejemplo basten estos tres.

La visión de la guerra y del servicio militar en los escritores cristianos del siglo IV

El siglo siguiente, el IV, sería el de la gran transformación, en el se producen las últimas persecuciones de los cristianos, como la de Diocleciano del 303; pero también se decreta la libertad de culto con el edicto de Milán promulgado por Constantino en el 313 y más adelante se declara al cristianismo como religión oficial del imperio con el edicto de Teodosio el 27 de febrero del 380.

A principios de este siglo todavía hay autores que hablan en contra de la guerra y del servicio militar, pero poco a poco, según avanza el siglo, se va a ir notando el cambio.

Uno de ellos es el retórico Arnobio de Sicca, muerto en el 327, que poco antes del edicto de tolerancia de Constantino escribió un violento ataque contra los cultos paganos que llevó por título *Adversus Nationes*. En él critica, entre otros muchos, al dios Marte, dios de la guerra y ocasionador de calamidades (*Adv. Nat.* III:26):

«Tomemos en consideración solamente a Marte y a la bellísima madre de los amores: el primero lo proponéis para las batallas, la otra para los amores y los gritos de la pasión. Marte, se

⁴⁴ PUCCIARELLI, E.: *Op. cit.*, pp. 313-314.

⁴⁵ FRANCHI DE' CAVALIERI, S.: «Fabio vessilifero». En *Studi e Testi*, 65, 1935, pp. 101-113.

dice, posee el dominio sobre las guerras. ¿Para aplacarlas cuando se han desencadenado o pasa suscitarlas cuando languidecen o se debilitan? Pero si es pacificador de la locura militar ¿Por qué no hay día sin guerra? Si por el contrario las suscita, diremos que es un dios que siembra la discordia entre todo el mundo por el único placer del goce personal, esparce motivos de discordia y de lucha entre pueblos de la tierra distantes entre sí, reúne de diversas regiones millares de hombres y en un instante cubre los campos de cadáveres amontonados, hace surgir torrentes de sangre, abate imperios solidísimos, arrasa ciudades, quita la libertad a los hombres y les reduce a la esclavitud, goza con las luchas civiles, con el fratricidio de los hermanos que mueren juntos, y finalmente con la locura homicida del encuentro entre padres e hijos».

También aboga por el pacifismo de los cristianos cuando dice que no les está permitido devolver mal por mal, que es preferible recibir ofensas a hacerlas, y antes que mancharse las manos con la sangre de otros es mejor verter la propia (*Adv. Nat.* I,6:1-3).

A caballo entre los siglos III y IV también está Lactancio (ca. 245-ca. 325), discípulo de Arnobio. Protegido de Diocleciano, fue maestro de retórica en Bitinia y en Nicomedia, cargo que perdió al convertirse al cristianismo y dar inicio la persecución del 303. No es fácil definir cual era la posición de Lactancia con respecto a los temas de la guerra o del servicio militar.

Lactancio, en sus *Instituciones Divinas* aboga por la igualdad y solidaridad entre los hombres (V,10) pues todos son consanguíneos y descendientes del primer hombre:

«Para mantener esta hermandad, Dios quiere que hagamos siempre el bien, nunca el mal. Y Él mismo nos enseña en qué consiste hacer el bien: ayudar a los humildes y desgraciados, dar de comer a los que no tengan alimento. Siendo piadoso, quiso que los hombres vivamos en sociedad y que veamos en cada persona nuestra misma naturaleza. No merecemos ser librados en los peligros si no socorremos a los demás; ni recibir auxilio si lo negamos nosotros».

Si bien aquí, de una manera velada descarta la violencia, es más directo y contundente en otro pasaje donde también recuerda lo ilícito de la venganza (VI,18:12):

«El justo conserve siempre la inocencia. Este precepto tiene valor en el sentido de no sólo no hacer ofensas, sino también de no vengar las ofensas recibidas».

Parece evidente a tenor de lo expuesto por Lactancio en las *Instituciones Divinas*, escritas con anterioridad al edicto de tolerancia de Constantino del 313, que su posición es totalmente antimiliarista:

«¿Qué han hecho nuestros romanos? ¿Acaso son más prudentes? Éstos ciertamente desprecian la fortaleza atlética, porque es algo sin importancia; pero a la fortaleza militar, que suele ser enormemente perjudicial, la admiran de tal forma que piensan que los generales más fuertes y belicosos deben ser colocados entre los dioses y que, para conseguir la inmortalidad, no hay otra vía que dirigir ejércitos, asolar el territorio ajeno, destruir ciudades, asaltar fortalezas, eliminar y someter a la esclavitud a pueblos libres; y es que, cuanto mayor sea el número de hombres que han sometido, expoliado y matado, tanto más nobles y famosos se consideran a sí mismos, y, atraídos por una apariencia de gloria vana, dan nombre de virtud a sus crímenes. Ya quisiera yo que convirtieran en dioses suyos a todos los que matan fieras antes de aceptar una inmortalidad tan sangrienta. Si alguien mata a un sólo hombre, es tendido por pecaminoso y maldito, y consideran impío admitirlo incluso en estos templos terrenales de los dioses; y, sin embargo, aquel que ha eliminado a infinitos miles de hombres, que ha llenado los campos de sangre y que ha infestado los ríos, no sólo es admitido en los templos, sino, incluso en el cielo» (Div. Inst. I,18: 8-11).

La oposición al servicio militar aparece más radicalizada en otro pasaje de las *Instituciones Divinas*, en el que antes ha emitido un juicio muy negativo de los juegos de gladiadores:

«Pues bien, los que se esfuerzan por seguir el camino de la justicia no deben asistir ni participar en estos crímenes públicos. Y es que, cuando Dios nos prohíbe matar, no sólo nos prohíbe hacer estragos –cosa que no está permitida ni siquiera en las leyes públicas– sino que nos aconseja que no hagamos incluso cosas que son lícitas entre los hombres. Así, el justo no deberá

servir en la milicia, ya que su milicia es la propia justicia; ni provocar una acusación contra nadie, ya que no hay diferencia en matar a alguien con la espada y matarlo con la palabra». (Div. Inst. VI,20: 15-15).

A partir del Edicto de de Milán del 313, por el que Constantino permitía a los cristianos celebrar culto públicamente, las cosas comenzaron a cambiar. Los cristianos comenzaron a implicarse en la administración del estado y a ocupar altos puestos. Ello suponía, entre otras muchas cosas, que la defensa del Imperio, de la que hasta ese momento, como vemos, se habían marginado los cristianos, también comenzaba a ser cosa de ellos. El ejército de Constantino, en opinión de Libanio (30,3) y Zonaras (2,29: 5) era todavía mayoritariamente pagano. A partir de Juliano (331-363) las creencias religiosas de los soldados dejan de tener importancia para los mandos, aunque el emperador intentó que los soldados cristianos se convirtieran al paganismo.

A partir del año 363 se produce una rápida cristianización del ejército y, con la llegada al poder de emperadores cristianos, la posición de la Iglesia con respecto a al servicio militar de los cristianos y la licitud de la guerra comenzó a cambiar.

San Ambrosio, que antes de convertirse en Obispo de Milán fue un importante funcionario en la corte de Teodosio, no dudó al justificar la participación de los cristianos en una guerra defensiva. Este fue el primer paso para llegar a la concepción de la «guerra justa» que encontramos en San Agustín.

El concepto que desarrolla San Agustín (354-430) sobre la «guerra justa», ya había tenido un amplio desarrollo en el mundo romano, sobre todo a finales de la República, y un claro exponente de ello es la obra de Cicerón, quien en su escrito sobre *Sobre los deberes* (I,9) escribe:

«Sobre todo en las relaciones entre estado y estado se deben observar las leyes de la guerra. Existen dos maneras de combatir: con la razón y con la fuerza; y dado que la razón es propia de los hombres y la fuerza de las bestias, es necesario recurrir a la segunda solo cuando no podemos valernos de la primera. Por ello, solamente se deben emprender guerras con la finalidad de vivir una segura y tranquila paz; pero, una vez conseguida la victoria se debe perdonar a todos aquellos que no fueron crueles ni despiadados. No es una guerra justa sino aquella que se combate; o después de haber pedido la reparación de la ofensa, o después de haberla anunciado y declarado».

En este párrafo ya están presentes muchos de los elementos que luego empleará San Agustín para definir su «guerra justa»: la guerra es el último recurso, solamente se debe recurrir a ella en legítima defensa o corregir una injusticia, debe ser anunciada con anterioridad, no es admisible una agresión sin previo aviso y se debe evitar una crueldad excesiva.

A finales del siglo IV, en la ideología de San Agustín todavía no está presente la posibilidad de defender la fe católica por medios represivos violentos, a pesar del problema que suscitan los paganos, maniqueos y donatistas⁴⁶. Son estas disidencias y el clima de tensión y violencia entre distintos grupos cristianos con creencias enfrentadas, así como los desesperados intentos de los paganos por recuperar el territorio perdido, lo que lleva a Agustín de Hipona a replantearse sus concepciones sobre la guerra.

Dice San Agustín en su obra *Quaestiones in Heptateucum* refiriéndose a las motivaciones que deben existir para que una guerra sea considerada justa⁴⁷:

«Se suelen definir justas aquellas guerras que vengan las injusticias, en el caso en el que el pueblo o el estado al que se debe hacer la guerra haya descuidado o castigar las malas acciones de sus ciudadanos o devolver lo que haya sido sustraído injustamente. Es además ciertamente justa aquella guerra que haya sido ordenada por Dios» (Quaes. Hep. 6:10).

Además de marcar cuales son las condiciones que deben darse para considerar que una guerra es justa, en este párrafo escrito por San Agustín, encontramos también la justificación de la guerra Santa, pues una guerra ordenada por Dios, siempre es justa. En San Agustín también encontramos reflejada la filosofía de los estoicos, tan en boga a partir del siglo I, referente a la guerra, que siempre debe ser moderada y mínima la violencia ejercida.

Por otra parte, en la época de San Agustín comienzan a diferenciarse dos tipos de violencia: la que es considerada como ilegítima, al servicio de un deseo desenfrenado y por tanto es nociva; sería aquella que se ejerce contra inocentes, por avaricia o en busca de una gloria personal, como puede ser la que afecta a pobres, mujeres, niños, clérigos, campesinos, las guerras pri-

⁴⁶ BROWN, P.: *Agostino d'Ipbona*, Ed. Einaudi, Turín, 1971, pp. 208 y ss.

⁴⁷ Sobre la guerra Justa en San Agustín, *vid.* RUSSELL, F.H.: *The Just War in the Middle Ages*. Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1975, pp. 52-212; MORISI, A.: *La guerra nell pensiero cristiano dalle origini alle criciate*. Ed. Sansón, Florencia, 1963, pp. 95-120.

vadas, las venganzas o el bandolerismo; y frente a ella hay también una violencia legítima, al servicio de la caridad, medida, cuyo objetivo último es la salud espiritual; es la violencia que es la ejercida por las autoridades públicas: el Papa, reyes, príncipes y obispos.

El propio San Agustín, en su carta 93 escrita entre el 407 y el 408, dirigida al obispo Vicente, menciona estos dos tipos de violencia cuando habla de la violencia *pro iniquitate* y violencia *pro veritate*:

«En estos casos, qué debemos considerar, sino que hay quien ha obrado por la verdad y quien por la iniquidad, quien para dañar y quien para corregir?» (Epist. 93,2:8).

Un poco más tarde, Isidoro de Sevilla completará la definición de «guerra justa», retomando de nuevo la tradición grecolatina, y afianzando las bases morales que luego se utilizarán en Las Cruzadas, cuando dice que una guerra es justa cuando «es anunciada, sirve para recobrar cosas o para rechazar a los enemigos».